

**DISCURSO DE CONTESTACIÓN
DEL DR. GONZALO PARRA-ARANGUREN
EN EL ACTO HOMENAJE QUE LE RINDIÓ
LA ACADEMIA DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES
(1996)**

Señoras y Señores,

La ausencia del doctor Andrés Aguilar Mawdsley ha dejado un vacío muy difícil de llenar. Se produjo en forma inesperada cuando todos sus amigos esperábamos que siguiera cumpliendo con desenvoltura sus tareas como Juez de la Corte Internacional de Justicia. La noticia nos causó gran desconcierto, en especial para quienes lo habíamos visto poco antes con aspecto saludable, y al principio queríamos creer que era una mentira más, de las numerosas que agobian nuestra vida diaria. Me sentí afectado por la brusca interrupción de estrechos vínculos de amistad, que perduraron con independencia de su ejercicio activo de elevadas funciones públicas, en una época cuyo desapasionado enjuiciamiento resulta difícil todavía por las injustificables vicisitudes de los tiempos actuales.

La postulación para sucederlo me hizo recordar una lejana entrevista personal, a fines de los años cincuenta, cuando en su carácter de Ministro de Justicia inquirió sobre mi disposición para desempeñarme como Juez Mercantil en la ciudad de Caracas. Acepté la responsabilidad y durante más de una década cumplí los deberes inherentes al cargo. Resulta muy singular que mucho tiempo después el doctor Andrés Aguilar Mawdsley se presente de nuevo en mi vida a fin de reintegrarme a la Judicatura, para que concluya su mandato en la Corte Internacional de Justicia; todo ello gracias a la benevolencia de los muy queridos amigos, doctores Marcos Falcón Briceño y Efraín Schacht Aristeguieta, en su condición de miembros del Grupo de Venezuela ante la Corte Permanente de Arbitraje.

Los conocedores de la vida diplomática están conscientes de los obstáculos que deben superarse para el éxito de las candidaturas, y el necesario enfrentamiento a intereses contrapuestos de muy di-

verso género, a veces de increíble mezquindad. Sin embargo, tuve la fortuna de contar con el decidido apoyo de un insigne Miembro de esta Corporación, el doctor Rafael Caldera Rodríguez. Sus gestiones, al más alto nivel, realizadas en forma directa e inmediata, garantizaron el apoyo de la inmensa mayoría de las Naciones de este Hemisferio y el decidido respaldo de otros continentes. Mi gratitud se encuentra empeñada por sus sinceros esfuerzos y así lo hago saber en forma pública desde esta tribuna, con la esperanza de hacerlo personalmente en los próximos días.

La suprema decisión del Presidente de la República encontró el más decisivo respaldo en nuestro ilustre Canciller, doctor Miguel Ángel Burelli Rivas, quien hizo sentir su voz enérgica para encauzar a los Países amigos en favor de las legítimas pretensiones venezolanas. El doctor Enrique Tejera París, Embajador venezolano ante la Organización de las Naciones Unidas, también miembro preclaro de esta Academia, cumplió la difícil misión con la destreza y la sagacidad de un veterano maestro en el arte de la diplomacia; y la vigorosa energía de las esferas superiores se proyectó con toda intensidad en los numerosos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores que prestaron su colaboración decidida y sistemática al triunfo de la candidatura de Venezuela. A todos y a cada uno de ellos mi más sincero agradecimiento.

Muy queridos amigos:

Momentos como el presente nos acercan a la eternidad, y al volver la mirada hacia el pasado, advertimos que con el transcurso de los años se desdibujan con velocidad las remembranzas de la vida reciente y adquieren mayor fortaleza acontecimientos de épocas sumergidas en las fronteras del tiempo. En el día de hoy, veo con toda claridad la figura señera de mi padre, el doctor Caracciolo Parra León, no obstante su alejamiento físico desde los albores de mi adolescencia; también afloran a mi memoria las permanentes enseñanzas de mi madre, Josefina Aranguren de Parra, que con su inmensa dedicación y con el amor de mi esposa, María Trinidad, y el de mis tres hijos, María Josefina, Gonzalo Enrique y María Magdalena, me han permitido sobrellevar el fogoso ajeteo de los últimos cincuenta años.

Las hermosas palabras del doctor Isidro Morales Paul tan sólo reflejan su inmensa generosidad para conmigo y expresan recíprocos sentimientos de amistad que remontan más allá de nuestra hoy ya lejana juventud. Sus buenos deseos por el adecuado cumplimiento de mis nuevos deberes constituyen un poderoso estímulo que abre todas las puertas a mis esperanzas; y aun cuando las tareas a cumplir no son nada fáciles, confío en la infinita misericordia del Señor Dios Padre Todopoderoso, para dejar muy en alto el nombre de nuestra querida Venezuela.

Caracas, 26 de marzo de 1996.